

ancianos le decían el *señor doctor*. Todos sabían que el mejor obsequio que podían hacerle eran los adelantamientos de los niños, su compostura y aseo; así, luego le mostraban las planas y bordados, y él por su parte tanteaba discretamente lo que en la escuela habían aprendido. Le agradaba en extremo que alguna de las niñas le dijese en la comida: Aquí tiene usted, tío, este plato hecho por la receta que usted nos envió; porque, aun abrumado por las atenciones de la vida pública, no se olvidaba de escribirles y darles las recetas y noticias que juzgaba propias para mejorarles el gusto, proponiéndose también al obligarlos á contestar, que no se abandonasen, como es frecuente en las personas que viven lejos de las ciudades. Su adhesión á la familia no quedaba satisfecha con estas demostraciones, como lo probó, por ejemplo, con las dos hijas de su hermano don Francisco, á quienes, habiendo quedado huérfanas, las llevó á Bogotá, las puso en el mejor colegio y concluida su educación, las trató en su casa á par de sus propios hijos. Con nosotros se educó sin distinción ninguna el virtuoso joven Jacobo Martínez y Barreto, cuya familia le era especialmente querida.

No podemos menos de tocar con profundo respeto estos rasgos de su vida íntima, que sin duda él no consintiera que estampáramos aquí, pues así como siempre esquivaba hablar de los daños que le inferían sus enemigos, también procuraba no se diese importancia á los beneficios que hacía, juzgando el

hacerlos como un deber que le imponía la Providencia por los favores que le dispensaba; nosotros nos excusáramos también de hacerlo, si no contempláramos que en las virtudes domésticas resaltan los méritos del hombre público, como en su fondo dorado las antiguas pinturas.

Cuando en 1830 empleó el Doctor Cuervo parte de su capital en las tierras llamadas de Boyero, en la Sabana de Bogotá, fantaseó dedicarse él mismo á cultivarlas, con el pensamiento de ser institutor de sus hijos y enseñarles á ganar el pan lejos de los azares y vaivenes de la política; pero ya que su profesión y la nombradía que iba adquiriendo le impidieron realizar tan poético ensueño, conservó el terreno como finca que acrecentaría su caudal con el desenvolvimiento natural de la riqueza en país nuevo, y como refugio para las peripecias de la vida pública. Años después, viendo que las casas de la Sabana son casi inhabitables para los que no han nacido allí, á causa del frío y de los vientos que reinan en ciertos meses del año, construyó una muy linda á la traza de las de campo que había visto en Europa, la cual une á la ventaja de ser sumamente abrigada, toda la comodidad y decencia que convienen á una familia culta y hecha á la vida de la ciudad. Esta construcción fue motivo de escándalo para los de la comarca, que no podían concebir casa sin ancho patio interior y sin grandes balcones; y con aire de reproche le decían: « Pero, señor doctor, se le olvidó el patio. » « No, mis amigos, replicaba,

patio hay todo el que ustedes quieran, desde aquí hasta Bogotá, y aun más, si les parece poco ». Igualmente enemigo de la rutina que deseoso de contribuir con su ejemplo á introducir mejoras, no se contentó con esto, sino que rodeó la casa de árboles y jardines, y construyó unas accesorias para el servicio de la propiedad, de modo que, á diferencia de las otras haciendas, nada tuviesen que ver con las habitaciones de la familia, los jornaleros, los caballos, ni los carros. Por manera que á la sala y piezas altas no llegaban sino los amigos y las personas de consideración que iban de visita, habiendo para los agricultores y personajes de los pueblos vecinos una pieza baja decentemente amueblada, donde quedasen los lodos del camino y se ahogaran las risotadas y expresiones vulgares, sin turbar la calma de aquel retiro. No por esto dejaban los últimos de ser tratados con afectuosa bondad y obsequiados cumplidamente, de lo cual quedaban tan agradecidos como de los consejos que recibían sobre agricultura ó sobre cuestiones jurídicas, que raros son los campesinos que no tienen un pleito que consultar. Si la disposición del edificio nada deja que desear por lo que hace á comodidad ó recreo, el mobiliario, en su mayor parte labrado allí mismo por hábiles artesanos, es casi todo del precioso nogal que crece en algunas de nuestras serranías y de exquisito gusto. Los cuadros que adornan las piezas son en general copias en grabado de cuadros inmortales, sobre todo los del oratorio, el que estaba además provisto de

los ornamentos necesarios. El día que se bendijo la casa, celebró en él con gran fiesta el Ilustrísimo Arzobispo Mosquera, y después lo hicieron y lo han hecho los Ilustrísimos Torres, Obispo de Cartagena, y Riaño, de Antioquia, el R. P. Manuel Gil, Superior de la Compañía de Jesús y otros sacerdotes parientes y amigos que después han ocupado puestos no menos elevados.

En los meses de Diciembre y Enero, en que el cielo es tan diáfano y azul en las partes altas del centro de la República, no se desocupaba la casa de los amigos invitados y de las señoras que iban á acompañar á nuestra madre, y que todos disfrutaban de los placeres del campo al abrigo de la confianza y de una agasajadora hospitalidad. Los últimos días del año, tan deseados por las familias antiguas de Bogotá, eran particularmente animados : entonces armábamos el nacimiento que nuestro padre había hecho labrar en Quito de marfil vegetal, y en que, á vueltas de las imágenes religiosas, menudeaban otras satíricas ó caricaturescas llenas de soltura y originalidad ; para adornarlo íbamos á los cerros más cercanos en busca de musgos, líquenes y otras plantas curiosas, y con frecuencia él mismo nos dirigía en la colocación de las figuras y en el arreglo de los pormenores, para que el conjunto quedase más artístico. Al mismo tiempo nuestra madre hacía todos aquellos manjares que conforme á la tradición de sus mayores eran de ordenanza en esos mismos días : allí las empanadas crecidas y doradas, las

hojaldres, los buñuelos en todas sus formas de pestiños, hojuelas, rosquillas y quién sabe cuántas más, nadando en clarísimo almibar y engalanados con la flor de la borraja; el guarrús, el masato y la aloja que formaban el refresco, acompañados de bizcochuelos y variada abundancia de colación. Muchas veces después de deshornar y cuando se nos iban los ojos tras de esta tentadora profusión, nos recordaba nuestra madre que en los días amargos para las familias españolas que siguieron á la batalla de Boyacá, emigrado nuestro abuelo y sus propiedades abandonadas y sin producir nada, por algún tiempo no subsistieron en la casa sino de la humilde ganancia que sacaban de hacer colación y enviarla á vender en las calles por sus criadas. Al proporcionarnos en Boyero estos inocentes placeres, parece que no quisieran nuestros padres otra cosa sino que, cualquiera que fuese la suerte que el Cielo reservara á sus hijos, tuvieran para la edad madura los mismos recuerdos que con ternura guardaban ellos de su niñez.

Persuadido nuestro padre de que en los pueblos donde está arraigada la democracia poco vale un caudal y un buen nombre heredado, sino que el individuo ha de aguardarlo todo del vigor y la energía con que haga valer sus talentos, quiso desde temprano imbuirnos el amor al trabajo, y acostumbrarnos á todas las fatigas, prepararnos á los combates de la vida, no sucediese con nosotros como con muchos miembros de antiguas familias, que aletargados con una vana confianza en sus tim-

bres, se han confundido entre la muchedumbre dejando olvidado é inglorioso un nombre ilustre. Cuando las lluvias descomponían el camino vecinal que pasa por el frente de las casas, íbamos nosotros á repararlo; los mayores tomaban la pala ó el azadón, y los pequeños llevábamos en carretillas ó á espaldas la piedra ó los céspedes necesarios, mientras él, como capataz, dirigía nuestros trabajos, dándonos las lecciones prácticas del caso. Otro objeto de nuestra actividad constructora era el puente de una acequia que cruza el camino, el cual varias veces compusimos y casi reconstruimos; y era de ver la cara que ponían los transeúntes al ver que por vía de juego y ejercicio hacíamos obra tan meritoria, llegando el caso de que algunos, y entre ellos reposados propietarios, echaban pie á tierra, y asiendo nuestras herramientas decían: Yo también voy á ayudar al Doctor Cuervo. No menos se recreaba éste cuando tomábamos la hoz ó la azada para ayudar á la cosecha de los frutos que se cogían en las pocas fanegadas que había reservado para el uso de casa, ó cuando por la mañana nos encontraba ordeñando las vacas, y pisando descalzos la escarcha ó andando por el agua sin que nos hiciese impresión alguna. Cada cual había de cuidar su caballo yendo á cortar y traer la alfalfa, almohazarlo, y ensillarlo cuando llegaba el tiempo de montar. Otras veces nos permitía cabalgar en terneros indómitos y aun nos estimulaba á ello, y ayudaba con su risa á burlar al que se dejase caer.

Aunque no íbamos á Boyero sino en las vacaciones, no eran éstas tan absolutas que no tuviéramos nuestros ratos de estudio, pero no ya en los libros que nos habían abrumado durante el año escolar, sino en los de la biblioteca de la casa, que eran todos de buenas letras y de agricultura. Reunidos á ciertas horas del día, tomaba cada uno su libro, y acabada la lectura, daba ingenuamente su opinión sobre lo que había leído, corrigiendo nuestro padre ó afirmando nuestras apreciaciones, ó bien dejándonos discutir sobre la materia y dirigiendo él la discusión. A otras horas bajábamos á las huertas á poner en planta lo que habíamos leído sobre agricultura, á podar ó ingertar los árboles, á trasponer ó aporcar las hortalizas, y sobre todo cuidar las flores, de que él era apasionado. En estas faenas nos acompañaban á veces personas que estaban de visita, y por muchos años conservamos con respetuoso esmero ingertos hechos por don José Manuel Restrepo, el historiador de Colombia.

Por la noche, después de tomado el chocolate, la familia, con todos los criados y dependientes de la casa, se reunía en el oratorio á rezar el rosario, haciendo cabeza uno de nosotros por turno; en seguida nuestra madre hacía recitar á los criados parte de la doctrina cristiana, acompañándola de algunas explicaciones. El tiempo que quedaba lo ocupábamos ó en juegos de familia ó en la lectura de una obra amena. De ordinario escogía nuestro padre un capítulo del Quijote ó bien del Gil Blas de

Santillana, dando la preferencia á aquellos pasajes que más enseñan á conocer el mundo y previenen contra los lazos y peligros á que están expuestos los jóvenes al salir á la vida. Estas lecciones vivas jamás se borran de la memoria, y aun hoy nos figuramos, como entonces, lo caro que Gil Blas pagó la cena en su primera posada por dar oídos á la adulación, ó el chasco que le dio el hipocritón y taimado de Ambrosio Lamela.

Sobre la puerta principal de la casa de Boyero está grabada en una lámina de mármol esta inscripción :

1848

NEC NOS AMBITIO NEC NOS AMOR URGET HABENDI

R. C.

Este conocido lema á pocos granadinos podía aplicarse mejor que al Doctor Cuervo : su ambición no era sino una forma de su patriotismo y se cifraba en consagrar al bien público sus talentos y sus esfuerzos todos ; á sus ojos la riqueza no pasaba de ser una justa recompensa del trabajo ; no el objeto único de la vida, sino un mero elemento para cumplir mejor los deberes sociales. En todas ocasiones, ya en la correspondencia con sus amigos, ya en escritos destinados á la luz pública, jamás cesó de vituperar la avaricia, y aquella metalización que tanto empequeñece y aplebeja los caracteres ; en uno de sus últimos escritos, después de enumerar los males que aquejan á nuestra sociedad, describe así tan terrible plaga :

Para dar fin á estas tristes reflexiones debemos también hacer mención del grave mal que aflige á casi toda nuestra sociedad y compromete seriamente su porvenir : mal que se ha importado del viejo mundo, pero sin los correctivos que allí neutralizan sus efectos : hablamos del *amor desenfrenado* al dinero, que comprime los más nobles sentimientos del corazón, ataca las creencias y santifica el egoísmo. Al deseo de adquirir se sacrifican el deber, el honor y la virtud ; pocos son los que trabajan por ganar gloria, estimación y las bendiciones de sus compatriotas, y menos aún los que sólo aspiran á gozar de la dulce satisfacción de hacer el bien ó cumplir con un deber. El cambio de instituciones, la reforma de las leyes, la elección de los mandatarios, los trastornos públicos, los prevaricatos, las bajezas, todo es una especulación pecuniaria. El *becerro de oro* ha venido á ocupar el tabernáculo del Dios de nuestros padres. La libertad, la igualdad que tanto se decantan para alucinar, corromper y explotar la multitud, son deidades subalternas que apenas hacen el oficio de mediadoras. Sobre la estatua de la *libertad* hay en la Nueva Granada una divinidad superior, el oro*.

* *Catolicismo* de 18 de Junio de 1853.

CAPÍTULO XVIII

PARODIAS Y RUINAS

Las influencias extranjeras. — La de Francia en los tiempos que precedieron y siguieron á la revolución de 1848. — Extiéndense las sociedades democráticas. — Fundación de la Escuela Republicana y de la Sociedad Filotémica. — Sesión de la Republicana el 30 de Octubre. — Se ofrece uno á ser verdugo del Arzobispo. — Temores que esto inspiró. — Proceso infame. — Quejas de los democráticos. — Plaga de ladrones é inseguridad pública. — Horror á los democráticos. — Mensaje del Presidente López y representación de la Democrática al Congreso. — Remoción del cuerpo de policía. — Reuniones en el Salón de Grados. — El juicio por jurados. — Se estrena la ley con Russi y sus consortes. — Las democráticas en el Cauca. — Sus excesos. — Conducta del Gobierno. — Asesinato de Pinto. — Revolución de 1851. — Encarnizase la persecución religiosa. — El Arzobispo Mosquera. — *El Catolicismo*. — El Doctor Cuervo fue uno de los primeros redactores. — Hostilidades oficiales contra la Iglesia. — Leyes contrarias á ella. — Protestan el Arzobispo y los obispos. — Conflicto con ocasión de la convocación á concurso. — Rechaza el Arzobispo la intrusión del Vicario de Antioquia. — Acusación y juicio del Arzobispo. — Su extrañamiento y salida. — Acusación y juicio de los demás obispos. — Manifestaciones que se hacen en el extranjero á los desterrados. — Tentativas para revolver la Iglesia. — D. Manuel Fernández de Saavedra. — *El Arzobispo de Bogotá ante la Nación*. — *Defensa del Arzobispo de Bogotá*. — Efectos de esta publicación. — Se reimprime el libelo en Chile. — Desorganización de la República. — Ley de descentralización de rentas y sus consecuencias. — Efectos de la autonomía de los cabildos en la instrucción primaria y en la suerte de los curas. — Decaimiento de la instrucción secundaria. — El Colegio Nacional. — El Seminario y el Colegio de la Merced. — La administración de justicia. — Disputa entre el Presidente y la Corte Suprema. — Conclusión.

Cuando nuestros padres rompieron los vínculos políticos que los unian á España, no pensaron en